

Estimado lector/a:

Gracias por descargar este artículo. El texto que está a punto de consultar es de acceso libre y gratuito gracias al trabajo y la colaboración desinteresada de un amplio colectivo de profesionales de nuestra disciplina.

Usted puede ayudarnos a incrementar la calidad y a mantener la libre difusión de los contenidos de esta revista a través de su afiliación a la asociación AIBR:

<http://www.aibr.org/antropologia/aibr/socios.php>

La asociación a AIBR le proporcionará una serie de ventajas y privilegios, entre otros:

- 1 *Recibir en su domicilio la revista impresa, en Europa y América (tres números anuales).*
- 2 *Derecho a voto en las asambleas de socios, así como a presentarse como candidato a la elección de su Junta Directiva.*
- 3 *Acceso al boletín de socios (tres números anuales), así como la información económica relativa a cuentas anuales de la asociación.*
- 4 *Beneficiarse de las reducciones de precio en congresos, cursos, libros y todos aquellos convenios a los que a nivel corporativo AIBR llegue con otras entidades (incluidos los congresos trianuales de la FAAEE).*
- 5 *Promoción gratuita, tanto a través de la revista electrónica como de la revista impresa, de aquellas publicaciones de las que sea autor y que estén registradas con ISBN. La difusión se realiza entre más de 6.000 antropólogos suscritos a la revista.*
- 6 *Cuenta de correo electrónico ilimitada de la forma socio@aibr.org, para consultar a través de webmail o cualquier programa externo.*
- 7 *Promoción de los eventos que organice usted o su institución.*
- 8 *Opción a formar parte como miembro evaluador del consejo de la revista.*

IMPORTE DE LA CUOTA ANUAL: Actualmente, la cuota anual es de 33 euros para miembros y 75 euros para instituciones.

Su validez es de un año a partir del pago de la cuota. Por favor, revise la actualización de cuotas en nuestra web.

<http://www.aibr.org/antropologia/aibr/socios.php>

Reseña

Tomás Sánchez Criado, Ed.

Tecnogénesis. La construcción técnica de las ecologías humanas (2 Volúmenes)

AIBR, Antropólogos Iberoamericanos en Red

Año: 2008

ISBN: 978-84-612-3383-0

Páginas: 300 (Volumen 1) y 244 (Volumen 2)

Más información:

<http://www.aibr.org/antropologia/aibr/tecnogenesis/>



Pablo Santoro, University of York

De ser necesaria una aproximación radicalmente reduccionista a un trabajo tan poliédrico, creo que podría resumirse parte del mensaje de *Tecnogénesis. La construcción técnica de las ecologías humanas*, la ambiciosa obra colectiva editada por Tomás Sánchez Criado, en dos de sus comienzos. El primero es el que abre el breve y hermoso preámbulo escrito por Florentino Blanco: una reflexión, al hilo de la asistencia del autor a un concierto de música vocal contemporánea, sobre la profunda modificación de la gramática musical clásica en la experimentación actual y sobre la confusión cognitiva y emocional a la que esta destrucción de los códigos acostumbrados arroja al espectador. Blanco describe la experiencia de quedarse atónito ante la radical extrañeza de lo escuchado, y la mezcla de desasosiego y admiración con la que contempla al grupo de músicos, “seres capaces de renunciar a todo orden gramatical, y por lo tanto, a toda forma significativa de vivir, a toda forma de conciencia del tiempo y del género, del número o de la circunstancia, incluso del movimiento y de la acción” (Volumen I, pág. XIII). Recuperaré para cerrar la reseña la forma de aproximación que me parece implícitamente enaltecida en este apunte fenomenológico.

El otro comienzo, con el que propiamente se inaugura el conjunto de contribuciones al libro, es un atinado resumen de las propuestas de la Teoría del Actor-Red y su giro post-social, realizado por dos de los principales expertos en esta perspectiva en el ámbito de habla hispana, Francisco Tirado y Miquel Domènech. Y digo atinado, además de por la lúcida manera en la que Tirado y Domènech exponen los hallazgos centrales de los teóricos del actor-red, porque en cierto sentido *Tecnogénesis* puede leerse (entre otras cosas, por la constelación de problemas en la que Sánchez Criado sitúa a la obra en su espléndida introducción) como una elaboración y profundización en el reto teórico post-humanista planteado por esta perspectiva. La Teoría del Actor-Red, surgida a mediados de los años 80 en el entorno de los Estudios de Ciencia y Tecnología (STS, según sus siglas en inglés), planteó una novedosa aproximación basada en una crítica radical a los desequilibrios

dualistas que habían cimentado hasta entonces los análisis de la ciencia. A través de la extensa producción teórica de sus tres principales representantes, Bruno Latour, Michel Callon y John Law, y de un amplio conjunto de colaboradores y “compañeros de viaje”, la Teoría del Actor-Red desarrolló una elaborada transgresión de las dicotomías tradicionalmente empleadas en las aproximaciones sociales a la ciencia y la tecnología (elementos culturales-elementos científicos, sujeto-objeto, agencia-estructura, perteneciente a lo humano-perteneciente a lo objetual, etc.), buscando nuevas maneras de conceptualizar y describir las formas de asociación entre elementos heterogéneos que se dan en la praxis científico-tecnológica. Pero el alcance de la demolición que aquí se estaba gestando iría más lejos: Mikel Olazarán ya señalaba a principios de los años 90 cómo los teóricos de la ANT, “tras haber realizado importantes contribuciones a la nueva sociología de la ciencia, han pasado a moverse en el terreno de la *filosofía* de la sociología de la ciencia”¹. En realidad, los teóricos del actor-red plantearon desde el principio su propuesta como una enmienda a la totalidad de los paradigmas clásicos de las ciencias humanas y sociales, pretendiendo superar tanto el humanismo estrecho como el sociologismo miope, y abrir la ontología de lo social a una visión esencialmente relacional. Esta ambición por proponer una filosofía social alternativa se hace especialmente manifiesta tanto en el último libro de Latour, *Reassembling the Social* (2005), donde el sociólogo francés resume la Teoría del Actor-Red y la plantea como nada más y nada menos que una refundación completa de las ciencias sociales, como en *After Method* (2004), el libro metodológico de John Law.

Tecnogénesis, una compilación en la que participan investigadores de diversas disciplinas humanísticas y sociales (psicólogos, sociólogos, antropólogos, historiadores, filósofos, primatólogos...), toma como punto de partida la crítica post-humanista de la Teoría del Actor-Red y la engarza con otras perspectivas de similar naturaleza constructivista, trayendo a colación desde marcos comprensivos “clásicos”, como la genealogía foucaultiana o la psicología socio-histórica vygotskiana, hasta aproximaciones más recientes y aún en acalorada discusión, como el giro material en la teoría sociológica que discute Fernando Domínguez o la tesis de la cognición extendida en la filosofía de la mente y las ciencias cognitivas sobre la que trata la contribución de Jesús Vega. La obra es atrevida en su objetivo: presentar un panorama de investigaciones de inspiración constructivista llevadas a cabo en las diferentes ciencias sociales, y sentar de este modo las bases para la elaboración de una ontología constructivista trans-disciplinar. A través de un conjunto de estudios heterogéneos, que incluye, entre otros, una reflexión sobre las formas de construir el espacio en los servicios de teleasistencia domiciliaria (Daniel López), un trabajo sobre la

¹ Olazarán, M (1994), “De la sociología de la ciencia a la sociología de la tecnología: un horizonte abierto”, en J. Irazo, R. Blanco, T. González de la Fe, C. Torres y Cotillo (comps.): *Sociología de la ciencia y la tecnología*, Madrid, CSIC, pág. 320

historia política de las técnicas psicológicas (José Carlos Loredó) o una narración melódica sobre la adopción definitiva del estudio de grabación y sus tecnologías por parte de los Beatles y Glenn Gould (Iván Sánchez Moreno), se va desarrollando una tesis que, sin ser completamente homogénea – como en toda obra colectiva *viva* las discrepancias entre los autores serían al menos tantas como los acuerdos –, sí está al menos delineada en el propio título y en la introducción de Sánchez Criado: se trata de elaborar “propuestas que nos permitan reconocer los modos y medios de vida humana como ecologías heterogéneas compartidas con otros seres: vivos o inertes, animales, máquinas y tecnologías diversas o entornos naturales, pero también otras culturas y otras colectividades excluidas y marginadas del proyecto de ‘progreso’ sobre el que se basa el dominio de Occidente” (Volumen I, p. XXII). La crítica de Álvaro Pazos a la perspectiva antropológica clásica, que niega la plena condición de sujeto a los individuos de “otras culturas”, es quizá el capítulo donde esta aspiración política integradora se hace más explícita, pero el mismo espíritu recorre de manera transversal todo el libro.

La tesis principal de la obra, pues, podría formularse así: existe un proceso recursivo de co-construcción entre la subjetividad individual y todo el conjunto de agencias humanas y no-humanas que constituyen su entorno – las “ecologías técnicas”. Por tanto, el interés de una antropología filosófica que aspire a ser aplicable a las diferentes ciencias sociales, y que parta de esta heterogeneidad como base constitutiva del mundo y del ser humano, ha de dirigirse, forzosamente, a los procesos de mediación y a los elementos que se construyen en los intersticios, en las fronteras: a lo relacional. Así, como señala Jorge Castro Tejerina en su atinado epílogo, lo que se manifiesta en las más recientes encarnaciones de la perspectiva constructivista y en la mayor parte de los artículos de *Tecnogénesis*, es una “crisis de la idea de distancia absoluta, que [...] puede ser sustituida por mediaciones en términos de procesos, actividades y modos de hacer específicos” (Volumen 2, pág. 203). Frente a las visiones simplificadas y excluyentes que surgen de las dicotomías tradicionales (nuestro objeto es o una cosa o la otra), centrarnos en las mediaciones como proceso activo nos conduce a una ontología de la complejidad: el mundo se constituye en base a lazos múltiples y en multiplicación – es un proceso y una relación – y esa complejidad no es asumible dentro de las categorías clásicas de las ciencias sociales. El reto es, entonces, producir un nuevo vocabulario teórico que nos permita captar de manera adecuada la heterogeneidad.

En la indagación sobre las formas de mediación compleja que constituyen, al mismo tiempo y activamente, al sujeto y a su entorno, la técnica aparece como instancia central. Así explica Sánchez Criado el título de la obra: “Hablamos de ‘tecnogénesis’ porque la construcción de ecologías humanas y su especificidad histórica tienen que ver

primordialmente con las formas de la técnica, con lo que ésta implica y supone” (Volumen I, pág. XXII). Los diferentes capítulos del libro (independientes entre sí, pero conectados en este modo de concebir la interioridad humana y los entornos donde ésta se desenvuelve como productos paralelos de la técnica) toman así como objeto de indagación diversas realidades técnicas – entendiendo la técnica tanto en un sentido restringido, de tecnologías y artefactos, como en su acepción más amplia de “modos de hacer”. La riqueza de la obra, a mi juicio, se encuentra en esta exploración de las cualidades sociológicamente constitutivas de lo técnico; esto es, en la minuciosa indagación en las formas mediante las cuales técnicas y tecnologías producen sociedad, constituyen la “argamasa” de lo social – y esto, sin caer en estrechos determinismos técnicos o sociológicos, sino atendiendo a la complejidad de las prácticas y sus modos de ensamblaje.

La decisión editorial de separar la obra en dos volúmenes se argumenta en las diferencias existentes entre los autores a la hora de aproximarse a toda esta constelación de problemas. En el primer volumen, bajo el subtítulo *De las ecologías tecnocientíficas a la “naturaleza humana”*, Sánchez Criado ha reunido las propuestas más próximas a la Teoría del Actor-Red, aquellas que parten de un impulso constructivista, relativista y “objetual” más acusado. El segundo volumen, *De la “naturaleza humana” a las ecologías tecnocientíficas*, por su parte, agrupa colaboraciones más fácilmente adscribibles a disciplinas clásicas y más proclives a entender la agencia humana como instancia central y centralizadora. Este segundo volumen (con la excepción de los artículos traducidos de Tim Ingold y Bruno Latour) plantea, cabría decir, una postura más crítica y escéptica sobre la extensión de la renovación teórica del construccionismo. En este sentido, los dos volúmenes se complementan, y en mi opinión, quizá habría sido más acertado – a pesar de lo voluminosa que resultaría entonces la obra – la edición en un único volumen, de tal modo que el diálogo entre las dos posturas (que Sánchez Criado denomina “constructivismo radical” y “constructivismo humanista”) se hiciera más patente.

Solamente por su ambición teórica, por la voluntad de diálogo transdisciplinar y por la multitud de pistas y caminos que *Tecnogénesis* abre para el lector perspicaz, ya cabría recomendar una lectura de la obra a todo aquel interesado en las derivas de la teoría social contemporánea. Sin embargo, y más allá de las indudables virtudes del libro, pueden detectarse en algunas contribuciones dos rasgos que, a mi juicio, perjudican en cierta medida a los argumentos en ellas desarrollados. En primer lugar, me parece percibir en ciertos momentos una conciencia exacerbada de confrontación y de radicalismo, que conduce a un ánimo innecesariamente polemista o a plantear una imagen caricaturizada y simplista del resto de la teoría social. Hay aquí un riesgo de ceguera frente a posibles aportaciones que no encajan en el marco teórico que se está construyendo, o que,

simplemente, se desconocen. Cuando, por ejemplo, Iván Sánchez Moreno escribe: “Entre los músicos, por desgracia, pocos son los que se han preocupado por establecer la base de una presunta teoría sobre la música, y muchos menos los que se hayan interesado por aprovechar los medios tecnológicos a su disposición para revalorizar la música como fenómeno exclusivo del ser humano y como potenciador de sus capacidades” (Volumen I, p. 163), está cayendo casi en un síndrome de “descubridor de América”, obviando no sólo toda la reflexión teórica vinculada desde los años 50 a la música electrónica y experimental, sino el propio desarrollo del *pop* como género que, de manera consciente, abraza y manipula sus condiciones de posibilidad tecnológicas (algo que, de hecho, se desprende de las reflexiones del artículo en torno al *Sgt. Pepper* de los Beatles). No pretendo aquí criticar en concreto a Sánchez Moreno, cuyo capítulo sobre la mediación tecnológica de la experiencia musical tiene interesantes aciertos e intuiciones, sino señalar el riesgo, que a mi entender está latente en varios de los autores, de incurrir en un rechazo ingenuo del pasado *per se*. Y es que creo que no es necesario retratar a toda la teoría social anterior como un sabueso tuerto y sin olfato para defender el proyecto por el que aboga *Tecnogénesis*. Mi impresión es que el acercamiento a lo complejo que propone la obra no es tanto una revisión profunda de la ontología clásica (es una ingenuidad suponer que ninguno de nuestros predecesores captaba la complejidad de lo real que a nosotros se nos hace hoy evidente) como el proyecto de una labor diferente para las ciencias sociales: en lugar de buscar reducir la complejidad, de entenderla como un adversario en la aproximación a nuestro objeto, se trataría ahora de encontrar modos de reflejarla, de cuidarla, de preservarla como una flor preciosa y frágil. Sánchez Criado plantea acertadamente esta tarea como una responsabilidad política, en tanto que resulta hoy evidente que las reducciones de la complejidad han sido, hasta el momento, instrumentos para la opresión o el silenciamiento de colectivos enteros. Si hemos de integrar de una manera nueva lo complejo y lo heterogéneo en nuestros análisis, no sería tanto por una voluntad esencialmente hermenéutica, ciegamente teórica, sino porque, como nos han enseñado la crítica feminista, el pensamiento post-colonial o los propios Estudios de Ciencia y Tecnología, el primer paso para cualquier proyecto político que haya de desprenderse hoy de las ciencias sociales es la urgencia por recuperar las voces acalladas, pues ellas también – o ellas *sobre todo* – nos constituyen como lo que somos.

El otro riesgo que detecto en la propuesta teórica que se desprende de *Tecnogénesis* surge igualmente del olvido de este imperativo político en la relación con nuestro objeto de estudio. La anécdota de Blanco a la que hice referencia al comienzo de esta reseña (la fascinación boquiabierta ante lo desconocido, ante lo incomprensible, en un concierto de música experimental), por hermosa y sugerente que sea, se halla en el límite

de sucumbir a una suerte de mística de lo complejo, de renunciar al objetivo del conocimiento para quedarse en el simple gesto de asombro – en la mera admiración anonadada ante la complejidad del mundo. Caer en un puro esteticismo de la heterogeneidad es lo que, en cierta manera, condujo al pensamiento postmoderno relativista a un callejón sin salida. Si hemos de desarrollar la perspectiva incubada en la obra, me parece que es necesario tener presente la lógica estratégica de nuestra empresa: generar un mejor conocimiento de lo real para dar lugar a mejores prácticas. En este sentido, mi reacción ante el libro se alinea con la que Castro Tejerina expresa en esta larga cita: “Me cuesta trabajo obviar el hecho de que los capítulos del libro no se preocupan, finalmente, por la comodidad, el bienestar, la salud, el dolor, el sufrimiento o la incomodidad de “objetos” en sentido estricto. Perdónenme por lo precario de la advertencia, pero creo que más bien tienen que vérselas con teleoperadores que atienden a personas de la tercera edad, objetos que llevan camino de impactar sobre un observador, occidentales que tienen que resolver diplomáticamente sus dilemas frente a los pueblos emergentes del tercer mundo, psicólogos que preparan experimentos con sus alumnos, sujetos afectivos que no deberían ser pensados como autómatas, determinaciones éticas y estrategias políticas sobre la posible condición humana del simio, antropólogos que tratan de comprender a sus sujetos “exóticos”, melómanos que tratan de experimentar con nuevas formas de lo estético, individuos que sufren y acuden a los “nuevos curas” del siglo XX o automovilistas que tienen que decidir si es adecuado adelantar o no o si está permitido aparcar en una zona concreta de la universidad” (Volumen 2, pág. 226-227).

En cualquier caso, los dos riesgos mencionados – que otro lector podría, no obstante, concebir como caminos legítimos o incluso como ventajas – no van en detrimento del interés y solidez de la obra. La amplitud y variedad de los temas tratados a lo largo del libro aseguran que casi cualquier lector sea capaz de encontrar temas de su interés. En mi caso, me han resultado especialmente sugerentes e intrigantes los dos capítulos que se aproximan a las formas de relación co-constructiva entre seres humanos y animales: el capítulo de Rubén Gómez Soriano y Beto Vianna sobre el tratamiento histórico de los grandes simios como “otros” limítrofes de lo humano y la fascinante llamada de atención de Vinciane Despret a considerar la antro-po-zoo-génesis como un proceso de doble dirección, en el que la humanidad y sus compañeros no humanos se implican de manera afectiva. Pero estos son solamente los capítulos que mayor sorpresa me han causado. Estoy seguro que cualquier lector que se acerque a esta obra con espíritu desprejuiciado y dispuesto a descubrir formas novedosas de cartografiar lo social y lo humano encontrará igualmente su recompensa.